

NEW DEAL Y DIRECCIONES OPORTUNISTAS DEL MOVIMIENTO OBRERO NORTEAMERICANO

(Texto nº6 — Ed. «Il Programma Comunista»: «Per la Organica Sistemazione dei Principi Comunista» — «Para la Orgánica Sistematización de los Principios Comunistas»)

En un artículo publicado en el número 3-4 de la nueva serie de «PROMETEO» (julio-septiembre de 1952), la política económica del New Deal rooseveltiano fue ilustrada minuciosamente teniendo como base dos tesis fundamentales del marxismo revolucionario: 1) que frente a sus crisis internas, el capitalismo actúa en todos los países, cualquiera que sea la superestructura política, de modo unitario y con métodos de intervención, de centralización y de dirigismo estatal que asemejan a la democracia y al fascismo en un objetivo convergente de defensa del régimen; 2) que, lejos de significar el sometimiento del capital al imperio de un pretendido ente colectivo y superior a las clases (y, en línea subordinada, de la burguesía a una «nueva clase» de burócratas y técnicos, *los managers*), el «capitalismo de estado», en sus diversas manifestaciones, constituye la forma más despiadada de maniobra de los «poderes públicos» como instrumento de un círculo cada vez más restringido de intereses privados.

El análisis no sería, sin embargo, completo si prescindiese de la consideración de la parte que ha tenido en este proceso (y desgraciadamente continúa teniendo) el movimiento obrero organizado en América, donde el intervencionismo estatal en el régimen político democrático ha encontrado su primera manifestación orgánica, y en Inglaterra, donde ha alcanzado, en la posguerra, la forma más completa en el terreno práctico y en el de las fórmulas «teóricas». En realidad, el análisis de esta segunda cara del «New Deal» americano y del «Welfare State» (Estado asistencial) británico, demuestra no sólo que la máquina de intervención y de gestión económica estatal se ha podido poner en movimiento solamente en virtud de una corrupción oportunista preventiva del movimiento obrero, sino que, en ambos casos, fue la dirección contrarrevolucionaria de éste la que le aportó a la clase dominante las armas teóricas y prácticas necesarias para el taponamiento de la crisis. Y esto, es otra prueba más de la unitariedad del capitalismo en los propios métodos de conservación: el fenómeno del oportunismo obrero, elemento necesario para la defensa capitalista contra el asalto revolucionario del proletariado, asume en todas partes los mismos aspectos; a los dirigentes contrarrevolucionarios de los sindicatos el capitalismo ya no sólo les exige contener los choques de clase en el ámbito de la legalidad, de la reforma y de la colaboración, sino convertirse en promotores (como en América) o administradores (en la Inglaterra laborista), de métodos más eficaces —«progresistas», o sea, más conservadores del régimen de explotación de la fuerza de trabajo— de gestión de la economía, y más allá de las pretendidas diferencias ideológicas, el tal John Lewis inspirador de Roosevelt y el Bevin o el tal Attlee, como planificadores de la economía inglesa posbélica y como gestores de las acaecidas nacionalizaciones le tienden la mano a los Di Vittorio elaboradores de planes de saneamiento industrial y de inversiones productivas, o a sus colegas de la otra parte del telón de acero, que ya ejercen aquellas tareas de gestión económica a las que la C.G.L. italiana o la C.G.T. francesa pueden, por ahora, sólo presentar la propia candidatura.

No es este el lugar para volver a hacer un examen crítico de la historia del movimiento obrero americano y del complejo entrelazamiento de los factores históricos que impidieron en el siglo pasado el desarrollo de genuinas fuerzas clasistas en el ambiente de la desenfundada escena capitalista estadounidense, provocando la caída fatal de organizaciones nacidas incluso con una fuerte impronta de clase (los Knights of Labour de la segunda mitad del 1800, los Industrial Workers of the World del primer veintenio de 1900), colocando a los sindicatos a remolque del régimen burgués (1): aquí sólo importa poner de relieve como la primera guerra mundial aceleró el proceso de corrupción oportunista de la A.F.L., cómo el decenio 1920-30 completó también el desmoronamiento organizativo, y cómo, finalmente, el apoyo indirecto al régimen burgués se transformó, desde 1932 en adelante, en una defensa directa. Por un lado, la ilusoria *prosperity* del período bélico y posbélico, con su vértice de salarios en

aumento (al menos en las categorías más elevadas de la clase obrera), de facilidad adquisitiva y de relativa seguridad en la ocupación, apagaba el impulso de revuelta de las grandes masas obreras industriales; por otro, el «capitalismo iluminado» cubría su rabiosa campaña antiunionista con una política de «provisión», con carácter de empresa dirigida a ligar a los productores a la suerte del centro de producción (participación en los beneficios, formas de accionariado obrero, uniones entre empresas, taylorismo, «democracia industrial», obras asistenciales, etc.); entre tanto, los dirigentes sindicales, William Green en el ejecutivo del A.F.L. y figuras como John Lewis en la dirección de grandes sindicatos de rama o sector, absorbían plenamente la ideología de colaboración entre empresas y trabajadores, del interés obrero por la eficiencia de la empresa, de la participación de los trabajadores en los frutos «colectivos» de la prosperidad capitalista: saboteaban los esfuerzos para la organización de un partido obrero independiente de las dos grandes organizaciones burguesas, republicana y demócrata (y John Lewis, el mismo que bajo el New Deal, pasará por el renovador del movimiento obrero podrido en la práctica del reformismo, y en torno al cual, el frente-popular estalinista creará una aureola de héroe «revolucionario», lanzaba el peso de su autoridad personal y de la fuerza organizada de sus mineros para sostener al candidato republicano a la presidencia); rechazaban todo apoyo a las agitaciones obreras dirigidas con los convenios colectivos firmados por ellos, que ya no respondían a la situación, o condenaban abiertamente los movimientos con inspiración ilegal, mientras la organización sindical asumía cada vez más el carácter de una asociación de defensa de la «aristocracia del trabajo» y de su posición *en el cuadro* del régimen social capitalista, haciendo suya la ideología individualista y «sanguijuela» de la tradición burguesa americana ¡de tal modo que W. Green podía aceptar legítimamente en 1930 la medalla de oro de la *Roosevelt Memorial Association* «por los grandes servicios en la lucha contra los conflictos obreros» (F. Rh. Dulles)!

La potente organización sindical de la A.F.L., en la vigilia de la explosión de la «gran crisis», estaba prácticamente conquistada por el régimen capitalista: reducidos los efectivos, cerrado el acceso a la gran masa de los no cualificados y de los parados, habiendo cedido gran parte del propio poder de negociación y de asistencia a los órganos de empresa, creados por los mismos patronos, absorbida la práctica de la colaboración entre las clases y del lealismo hacia las instituciones políticas de la clase dominante el movimiento obrero organizado fue sorprendido por el «viernes negro», no menos que la alta finanza y que los grandes trust, reaccionando, por lo demás, lentamente, como era inevitable que hiciese: acarreado agua al molino no de la destrucción sino de la salvación primero y de la conservación después del régimen de la ganancia.

La verdad es que, cuando el «trust de los cerebros» (pobres cerebros) de Roosevelt se reunió para estudiar las medidas de emergencia requeridas por el desastre de 1929-32, no fue de las meninges ni de los hombres de negocios, ni de profesores de la universidad de donde surgieron, aún grises, confusas y pintadas de empirismo, las grandes líneas de la NIRA, sino de la larga experiencia de reformismo de los dirigentes sindicales, sacando planificadores a mogollón de entre los dirigentes reformistas.

En el artículo de «PROMETEO», al que nos referimos, se ha demostrado cómo estas medidas —presentadas demagógicamente como si fuesen dirigidas contra el arbitrio patronal y el individualismo ilimitado de los empresarios industriales— se dirigían en realidad a favorecer la concentración, la cartelización y la autodisciplina de la producción, en interés general de la conservación del régimen. Ahora bien, un primer proyecto en este sentido, que preveía la suspensión de la legislación antitrust, la limitación de la concurrencia desenfundada entre productores, la fijación de precios mínimos, etc., había sido

sugerido a una comisión del senado por John Lewis ya en 1928, y fue también John Lewis, el 17 de febrero de 1933, quien propuso a escala nacional y en modo orgánico la introducción de los acuerdos patronales controlados por el Estado para la estabilización de los precios y de la producción, ligándola hábilmente a la exigencia de una tutela de los intereses proletarios mediante reducción de las horas de trabajo (para favorecer la reabsorción de los parados), garantizando salarios mínimos, reconocimiento oficial del derecho de organización de los trabajadores, atribuyéndole a los sindicatos así reconocidos la función de negociar colectivamente con los patronos. Esto era ya, en embrión, el rooseveltiano *National Recovery Act* (nacido algunos meses después) que hacía suyas tanto las propuestas de intervención «para sanear la economía», como las relativas a la llamada legislación social (la famosa sección 7. a). El capitalismo daba con una mano lo que quitaba con la otra: parecía ceder al asalto de los trabajadores; de hecho, ligaba establemente a una política programada de reconstrucción capitalista al movimiento sindical. Y, sobre todo en el período de la segunda presidencia de Roosevelt, promoverá las obras públicas, la red de subsidios a los parados, de las pensiones a los ancianos y a los inválidos, la práctica de las medidas fiscales (o fiscalismo) con fines asistenciales, o sea, abocando al Estado la gestión de las «reformas sociales», mientras se asegura el apoyo electoral del *Labour* y se yergue como árbitro de los conflictos de clase, como preparación del esfuerzo de asistencia a las «democracias en guerra» y, más tarde, del rearme nacional. El «New Deal» había sido lanzado, y el movimiento sindical lo apadrinaba en sus finalidades conservadoras contra la promesa de «concesiones» a la clase obrera, vinculada de tal modo a los destinos del experimento de dirección económica del Estado.

Concesiones inderogables para la clase dominante, y no sólo por la razón de que el faltado reconocimiento de las uniones sindicales representaba un anacronismo insostenible respecto a la práctica corriente en todos los países capitalistas avanzados (insostenible, bien entendido, no por razones morales o de adhesión a paradigmas ideales, sino por razones de eficiencia y de organicidad en la defensa del máximo bastión capitalista mundial del choque de los contrastes de clase), pero, sobre todo, porque al abrirse la crisis económica interna lanzaba al movimiento poderosas masas obreras y desencadenaba agitaciones con amplio radio y con desarrollos imprevisibles. Todo el subsuelo de la república de las estrellas estaba en ebullición, y era particularmente preocupante la amenaza de aquellas masas de obreros no especializados, que el proceso de la mecanización tendía a hacer coincidir, cada vez más, con toda la extensión del proletariado industrial, pero que la A.F.L. había rechazado tenazmente acoger en las propias filas, y del gigantesco ejército de parados, fluctuante, incontrolable y, ya que no utilizable en situaciones de crisis, ni como arma de contrapresión ni como reserva de brazos a los que arrojar *contra* los hermanos ocupados.

La ineficiencia organizativa de las uniones ultrareformistas y ultrarealistas se convertía, para el régimen burgués, en un peligro: su reconocimiento y la apariencia de una legislación filoobrero eran condiciones indispensables para el restablecimiento de la paz social interna y, por eso, de la misma reanudación económica. Era necesario (según se iban desarrollando las medidas anticrisis e iban surtiendo su efecto), preparar el redil al que dirigir a las masas disciplinadas, fluctuantes y continuamente arrojadas por la crisis a la arena del conflicto social. Ni el redil ya sólo podía ser la vieja A.F.L.

Hecho significativo: el «consultor» y padre putativo de la N.I.R.A es John Lewis, y John Lewis, desde 1932, pero sobre todo en la fase sucesiva, será el gran organizador de los no organizados, los peones simples de los grandes trust, especialmente de los del carbón, del acero y del automóvil. Hecho aún más significativo: en 1935 la N.I.R.A es declarada inconstitucional y, antes de que el nuevo turno de intervencionismo estatal rooseveltiano se inicie, se desencadenan gigantescas luchas sociales, el proceso de radicalización de las masas se acentúa, 1936-37 es el período ardiente de las ocupaciones a escala generalizada de las fábricas; pues bien, a finales de 1935, John Lewis crea el C.I.O. la segunda organización sindical, surgida en concurrencia con la A.F.L. fundada sobre bases industriales, y reagrupando a todos los que trabajan en la misma industria sin distinción de categoría y de profesión. Es un golpe maestro; la antigua

aspiración de un organismo obrero no fragmentado en compartimientos estancos, que abraza la totalidad de la fuerza de trabajo parece realizarse; se realiza, en realidad, bajo la guía de hombres que de esta poderosa fuerza finalmente organizada se servirán como sostén de la clase dominante y de su Estado. El viejo lobo no ha cambiado de pelo: John Lewis toma la iniciativa de la creación del C.I.O. sólo para prevenir la formación de una central sindical autónoma y «roja».

Lens, citado por Guérin, recuerda el discurso pronunciado en 1935 por uno de los fundadores del C.I.O., Howard: «Los trabajadores de estos países están organizándose y, si no les ayudamos a organizarse bajo la bandera de la A.F.L., se organizarán bajo otra bandera, o incluso sin ninguna dirección. Caerán bajo la influencia de fuerzas subversivas, situación que, ciertamente, ningún delegado en el congreso de la A.F.L. auspicia». Y él mismo comenta: «El desacuerdo entre Lewis y el resto de los dirigentes de la A.F.L. no se apoyaba en una concepción fundamentalmente distinta de los problemas sociales, sino únicamente en el punto de saber como detener el alarmante desarrollo del radicalismo en los sindicatos».

Lewis resolverá el problema no sólo organizando a los no-organizados, sino enrolando en su organización a elementos radicales, asignándoles puestos de aparente primer plano a viejos y jóvenes organizadores extremistas, sirviéndose sin prejuicios del arma de la corrupción, le hará un servicio ulterior a la estabilidad del New Deal rooseveltiano interviniendo como elemento conciliador en las grandes huelgas de 1936-37 y condenando la práctica difundida de las huelgas blancas o cierres patronales; parecerá que se produce la amenaza (fiel también en esto a la tradición del A.F.L.) de una «politización» del movimiento obrero al poner a disposición de la campaña para la reelección de Roosevelt la red organizativa y, no sólo, los fondos de la propia unión sindical, y —confidente hasta 1938-1939 de Roosevelt— sabrá aconsejarle el recurso a la fuerza contra los huelguistas en 1937 asumiendo él la tarea de tratar bajo cuerda, con los patronos, la liquidación del conflicto. Ni consigue engañar con el episodio de la posterior ruptura personal con Roosevelt: el «siervo ciego» había acabado siendo indispensable al patrón, ni la ruptura reducirá más de una unidad el ejército de reserva de las fichas gubernativas en el seno del movimiento obrero. No por casualidad, la segunda guerra mundial y la segunda posguerra verán a A.F.L. y a C.I.O. declararse en rabioso apoyo del esfuerzo bélico y de la expansión imperialista de los Estados Unidos (y, durante el conflicto, elementos punteros del sabotaje de las reivindicaciones obreras fueron los estalinistas).

El círculo está cerrado: el New Deal, tras haber hecho suyos los planes de saneamiento económico y de pacificación social del sindicalismo ultrareformista, obtenía a través de sus buenos oficios el encuadramiento bajo las propias banderas de las masas obreras y la reabsorción de la primera, y más peligrosa, oleada de luchas sociales. El «Wildcat», el huelguista en agitaciones no autorizadas ni controladas, se convertía en la bestia negra tanto del gobierno como de los organizadores del A.F.L. y del C.I.O.: la capa social del New Deal conseguía ejercer su influencia conservadora sobre las masas sólo en virtud de la acción convergente del oportunismo.

Mucho más harán el Partido Laborista y las Trade-Unions en Inglaterra: o sea, desarrollarán y gestionarán el «Estado asistencial» ya en parte construido durante la guerra bajo la inspiración de Keynes y de Beaverbrook, y ofrecerán —como veremos próximamente siguiendo los pasos de los *New Fabian Essays*— la justificación pseudo-teórica de un «nuevo régimen» ya cualitativamente no capitalista y sólo cuantitativamente y formalmente distinto del socialismo.

(1) Riquísimas fuentes son sobre este tema el primer volumen de: *Dù va le peuple américain?* del trotskista independiente D. Guérin (París, Juillard, 1950) y la *Storia del Movimento Operaio Americano* del profesor Foster Rhea Dulles (1950: traducido al italiano, Milán, Comunidad, 1953) a los cuales en parte nos referimos; pero el segundo volumen tiene un interés prevalecientemente informativo (por estar muy documentado) y el primer volumen está viciado, hasta en la robusta parte crítica, con un enfoque unilateral y a menudo ecléctico.